

UN GRANO DE ARENA

A veces me detengo a mirar el cielo nocturno y me invade una sensación difícil de explicar. Es como si por un momento, todo lo que soy —mis pensamientos, mis problemas, mis sueños— se redujera a algo casi imperceptible, a un suspiro en medio de un gran universo.

Fue en una de esas noches que mirando al cielo, cuando las estrellas parecían parpadear con más intensidad, que recordé una conversación con el profesor Manríquez, astrónomo de la Universidad de Chile, en un retiro astronómico sobre el planeta tierra y el universo. Le había preguntado con genuina y expectativa curiosidad:—*¿Profesor, cuántas galaxias existen en el universo?* Él sonrió, como quien ha escuchado esa pregunta cientos de veces, recuerdo que su rostro se iluminó en la belleza de su respuesta. Se agachó, tomó un pequeño puñado de arena en su mano y me dijo:—*Cuenta los granitos, uno por uno, ¿puedes? Cada uno de ellos es una galaxia.*

Desde entonces, entendí que somos casi un átomo dentro del universo, pequeños, diminutos. No insignificantes, pero sí parte de algo inmensamente vasto.

Esa noche mirando el cielo no conseguí dormir. Me quedé pensando en los granitos de arena que había dejado caer el profesor entre sus dedos, cada uno representando una galaxia, con sus propias estrellas, planetas, lunas, soles ¿Cuántas civilizaciones fuera de la vía láctea estarán preguntándose lo mismo que yo en ese instante? ¿Habrá otro alguien, allá lejos, mirando su cielo con la misma mezcla de asombro y maravilla?

Al día siguiente, me levante temprano y volví a buscar al profesor.

—*¿Profesor?*—le dije, casi con vergüenza—, *sobre la pregunta de ayer, quedé con una duda, ¿Dónde quedamos nosotros en todo esto?*

Manríquez me miró con sus ojos profundos, cansados pero brillantes. Me hizo entrar a su oficina, donde libros polvorientos y fotografías de nebulosas cubrían cada rincón. En el centro, colgando del techo, había un móvil con planetas suspendidos en órbitas metálicas, girando lentamente.

—*Nosotros*—respondió— *somos conciencia. Y eso ya es algo extraordinario. En medio de tanto caos, de tanta materia oscura y vacío, hay un ser que puede detenerse, mirar hacia arriba y preguntarse. Soy algo tan diminuto dentro de tantas galaxias y tengo un solo un planeta, mi planeta y lo debo cuidar.* Me quedé en silencio. Aquel día, más que datos, cifras o mapas estelares, el profesor me regaló una perspectiva. Una que me acompañaría durante el resto de mi vida.

Y fue así como decidí embarcarme en un viaje. No uno físico, al menos no al principio, sino uno interior. Empecé a mirar todo desde otro ángulo: los problemas cotidianos, el paso del tiempo, incluso el amor. Todo cobraba una dimensión diferente cuando recordaba que era un simple átomo dentro de un grano de arena en una playa infinita de galaxias.

Pero lo más extraño ocurrió una noche, meses después, algo cambió. En medio del Desierto de Atacama, bajo un cielo tan claro que se podía ver la Vía Láctea, con más 400 mil millones de estrellas y en medio de una cicatriz luminosa, un destello

grande y resplandeciente cruzó el cielo, uno que no parecía ser una estrella fugaz. Supe en ese mismo instante que no estamos solos y que esta historia recién comenzaba...